

# Los límites de la objetividad y el desafío posmodernista

JULIÁN CASANOVA

Universidad de Zaragoza

Dice Peter Novick que la idea y el ideal de *objetividad* fue la roca sobre la que se constituyó la profesión histórica, su razón de ser. *Ha sido la verdad que la profesión ha premiado y alabado sobre todas las demás –tanto en los historiadores como en sus trabajos.* Es el término *sagrado* por excelencia, como la *salud* para los médicos o el *valor* para los militares. Cualquiera que se interese por lo que incumbe a los historiadores –lo que hacen, lo que piensan o lo que deberían estar haciendo cuando escriben historia–, debería comenzar por interesarse en la *cuestión de la objetividad*<sup>1</sup>.

Los principales elementos de esa idea, según Novick, son bien conocidos:

*La suposición sobre la que descansa incluye un compromiso con la realidad del pasado y con la verdad como correspondencia a esa realidad; una aguda separación entre conocedor y conocido, entre hechos y percepciones y, sobre todo, entre historia y ficción. Los hechos históricos son vistos como previos a, e independientes de, la interpretación: el valor de una interpretación se juzga por cómo explica los hechos; si los hechos la contradicen, debe ser abandonada. La verdad es una, no dependiente de la perspectiva. Cualquier modelo que existe en la historia se 'encuentra', no 'se hace'. Aunque generaciones sucesivas de historiadores puedan, con el cambio de sus perspectivas, atribuir diferentes significados a los acontecimientos del pasado, el significado de esos acontecimientos no cambia*<sup>2</sup>.

El papel del historiador objetivo, por lo tanto, añade Novick, es el de un juez neutral y nunca debe *degenerar* en el de abogado o, peor aún, en el de propagandista.

1 Peter Novick: *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 1 y 6. Imaginativo y provocador, no conozco otro libro que explique mejor la elaboración, los cambios y la defensa de un ideal del que casi todos los historiadores hablan y sobre el que casi nadie sabe nada.

2 *Ibidem*, p. 2.

Del historiador se espera equidad y juicio justo y, al igual que ocurre con los jueces, esas virtudes se conservan a través del aislamiento de la profesión histórica de las presiones sociales de las influencias políticas. Alejados del partidismo y la parcialidad, la principal y primera lealtad del historiador es con la *verdad histórica objetiva* y con los otros colegas que comparten un compromiso de avanzar hacia esa meta.

Algunos de los ingredientes de esa idea de la objetividad fueron reelaborados y reinterpretados durante el siglo XX. Hoy, tras los debates de los últimos años de ese siglo, hay menos confianza en que el historiador pueda librarse de percepciones y contaminaciones externas y, en consecuencia, una tendencia a basar la objetividad más en mecanismos sociales de crítica y menos en las virtudes de los individuos. Tras el ascenso de la historia social frente al historicismo y la historia política tradicional, hay menos convicción, aunque todavía queda mucha, de acercarse al pasado *sin preconcepciones, dejando a los hechos hablar por sí mismos*; se toleran más las hipótesis y se pone más énfasis en que las interpretaciones puedan ser verificadas por los hechos, en vez de derivarse de ellos. Pese a estas modificaciones, sin embargo, los usos oficiales del concepto de *objetividad* permanecen todavía poderosos y quizá incluso dominantes.

Peter Novick distingue varias fases en la evolución de la conexión entre *la cuestión de la objetividad* y la profesión histórica norteamericana, que, con matices, puede aplicarse a Inglaterra y al continente europeo. En la primera, desde la fundación de la profesión histórica en los años ochenta del siglo XIX hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, la objetividad se estableció como la norma central en la profesión. En el período de entreguerras, cambios en la sociedad, la cultura y la política produjeron cierto *relativismo histórico*, que, aunque nunca llegó a ser dominante, puso a los creyentes en la objetividad a la defensiva. Los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, especialmente los de la Guerra Fría, presenciaron el intento por parte de la profesión histórica de establecer una nueva síntesis objetivista, convirtiendo en trivial la crítica relativista. Desde finales de los años sesenta, aunque en Europa quizá una década más tarde, se asiste al *colapso de esa síntesis posbélica*, adentrándose la profesión en el *período actual de confusión, polarización e incertidumbre, en el que la idea de la objetividad histórica has sido más problemática que nunca*<sup>3</sup>.

Es esa última fase la que interesa discutir aquí, aunque antes centraré algunos aspectos básicos del debate sobre la objetividad.

¿Qué es un hecho histórico? La mayoría de los historiadores que, desde Ranke, pusieron los fundamentos de la profesión histórica lo tenían muy claro, fueran los historicistas en Alemania o los historiadores empíricos en Gran Bretaña. Un hecho histórico era algo que había sucedido en el pasado y que había dejado huella en documentos para que pudieran ser reconstruidos por el historiador. Esa historia empírica y científica había encontrado desde finales del siglo XIX sus principios básicos: el examen riguroso de las pruebas históricas, comprobadas por una investigación imparcial libre de creencias a priori y de prejuicios; y un método inductivo de razonamiento, de lo particular a lo general<sup>4</sup>.

3 Ibidem, p. 16. Sigo aquí a Novick consciente de que en Europa hay buenos y quizá mejores ejemplos del rechazo a la objetividad y a la realidad, en favor de la representación, ya desde el último tercio del siglo XIX, como muestra la obra de Johann Gustav Droysen (1838-1908), para quien la interpretación ya precedía al estudio de los hechos. Hay pistas sugerentes para todo ese debate, que es también el debate sobre las múltiples formas de abordar la historia, en Raphael SAMUEL: *History Workshop*, 32 (1991) (versión castellana en *Historia Contemporánea*, 7 [1991]).

4 Una introducción a ese tema en Jonathan DANCY: *Introduction to Contemporary Epistemology*, Oxford, Oxford University Press, 1985. Hay una buena discusión sobre la relación entre los historiadores y los hechos, con la que estoy en deuda, en Richard EVANS: *In Defence of History*, Londres, Granta Books, 1997 (con una edición ampliada, que es la que he utilizado, de 2000). Tocan también la cuestión Anna GREEN y Kathleen TROUP: *The houses of history. A critical reader in twentieth-century history and theory*, Manchester, Manchester University Press, 1999, pp. 1-32.

Implícitos en esos principios, había también una teoría del conocimiento. El pasado existía independiente de la mente de los individuos y el historiador debía ser capaz de representar el pasado objetivamente y con precisión. La verdad de una explicación histórica residía en su correspondencia con los hechos. En eso consistía el *noble sueño* de la profesión histórica, en la búsqueda de la objetividad. La *teoría ideológica*, declaró sir Geoffrey Elton, *amenaza el trabajo del historiador sometiéndolo a esquemas explicativos predeterminados y forzándolo así a acomodar sus pruebas para que a su vez encaje en el paradigma impuesto desde fuera*. Quitarse de encima todos los prejuicios y preconcepciones, leer el material dejado por el pasado *en el contexto del día que lo produjo*, mantener alejado el presente del pasado. Esos eran los principios que debían guiar en todo momento al historiador según la difundida e influyente posición de sir Geoffrey Elton<sup>5</sup>.

Nacido en Alemania en 1921, Geoffrey Elton había estudiado en Praga y completó su tesis doctoral en la Universidad de Cambridge sobre el gobierno de los Tudor en la Inglaterra del siglo XVI. En ese trabajo, una investigación ejemplar de historia administrativa, Elton anticipó algunos de los rasgos que le iban a convertir en uno de los más conocidos defensores del empirismo como teoría del conocimiento. El libro que salió de la tesis se titulaba *England under the Tudors* (publicado por primera vez en 1955), pero en realidad era la historia de una dinastía identificada, confundida en la narración, con la historia nacional. Como el mismo Elton declaró frente a sus críticos, su interpretación del gobierno de los Tudor le surgió no porque él tuviera una mente naturalmente autoritaria que buscaba las virtudes en los gobernantes, sino porque *las pruebas* encontradas le llevaron a ello<sup>6</sup>.

Ya a principios del siglo XX, varias décadas antes de que Elton formulase esa defensa neorrankeana de la historia, basada en las fuentes más que en las teorías y en las ideas del historiador, uno de su predecesores como *Regius Professor* de Historia en la Universidad de Cambridge, John Bagnell Bury (1861-1927) había acuñado aquella sentencia famosa de que *la historia es una ciencia, ni más ni menos*. Una ciencia debido a su *minucioso método de análisis de las fuentes* y a su *escrupulosamente exacta conformidad con los hechos*. No había habido historiador desde el principio de los tiempos, decía Bury, que no hubiera profesado ese único objetivo de presentar a sus lectores *la verdad sin mancha ni pintura*<sup>7</sup>.

Tanto Bury como Elton, por lo tanto, creían que utilizar el método histórico correcto era la clave para revelar la verdad sobre el pasado. Ambos compararon la creación del conocimiento histórico con la construcción de un edificio con ladrillos y mortero. Cada trabajo de investigación publicado representaba un ladrillo, sin preocuparse demasiado, según ellos, de cómo se acabaría el edificio. En realidad, nadie podía saber cómo acabaría. El edificio, al final, sería el resultado de la labor de incontables historiadores, artesanos cualificados, que eso es lo que eran en definitiva los historiadores<sup>8</sup>.

5 Geoffrey ELTON: *Return to Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 27, 65 y 68. Citado por Richard EVANS: *In Defence of History...*, op. cit., p. 75.

6 Geoffrey ELTON: *The Practice of History*, Sydney, Sydney University Press, 1967, p. 121.

7 «The Science of History», conferencia inaugural impartida en 1902 cuando sucedió como *Regius Professor* de Historia Moderna en Cambridge a lord Acton. Utilizo aquí la versión que aparece en *The Varieties of History. From Voltaire to the Present*, una edición de textos básicos de diferentes historiadores, desde Voltaire a Fogel, pasando por Ranke o Braudel, seleccionada e introducida por Fritz STERN, Nueva York, Vintage Books, 1973 (primera edición en 1956). El texto de Bury en las pp. 210-223. Bury, según los datos que aporta Stern, era un filólogo clásico, convertido después en historiador del imperio romano, y que acabó sus días desencantado con la posibilidad de establecer causalidades históricas y defendiendo el papel de la mera casualidad en la historia.

8 Anna GREEN y Kathleen TROUP: *The houses of history...*, op. cit., p. 4.

Con la información factual e irrefutable situada en el corazón de la investigación histórica, el método de establecer la veracidad de las pruebas se convirtió en algo esencial desde Ranke. Pero esos criterios para valorar los documentos comenzaron a mostrar sus límites cuando los historiadores, entrado ya el siglo XX, expandieron su foco de atención más allá de las elites gobernantes. La mayoría del material documental había sido creado y guardado por las elites de la sociedad y para reconstruir las vidas y experiencias de los de abajo, el historiador debía encontrar otras fuentes y técnicas. Se ampliaba el foco y se ampliaban las fuentes, y eso significaba que, en la mayoría de las ocasiones, resultaba virtualmente imposible para cualquier historiador moderno controlar y leer todas las fuentes existentes sobre su investigación. Surgió así el *relativismo*, la creencia de que la verdad absoluta es inalcanzable y de que todas las afirmaciones sobre la historia están conectadas con (o son relativa a) la posición de quienes las hacen.

Una de las primera manifestaciones de esa crítica a la objetividad la abanderó el historiador norteamericano Charles A. Beard (1874-1948). El historiador, escribió Beard, no podía ser un *espejo neutral* del pasado: *Nosotros no adquirimos la mente neutral, sin color, porque declaremos nuestra intención de hacerlo así. Lo que hacemos, más bien, es clarificar la mente al admitir sus intereses y las normas culturales —intereses y normas que controlarán, y estorbarán, la selección y organización de los materiales históricos*<sup>9</sup>.

La crítica relativista subió años más tarde de tono, y ganó en profundidad, con la aparición del afamado e influyente libro *What is History?*, publicado en 1961 por Edward Hallett Carr (1892-1983). Carr argumentó que un hecho pasado no llegaba a ser hecho histórico hasta que no era aceptado como tal por los historiadores. Desafió así la creencia de que la historia constituía simplemente una materia de hechos objetivos y su obra resultó, y así fue utilizada por generaciones posteriores, el ataque más enérgico surgido en el mundo británico frente al empirismo y la *falsa objetividad*. Los hechos, venía a decir Carr y repitieron muchos historiadores sociales durante los años sesenta y setenta, no se captan *objetivamente* por el observador, ya que este solo ve aquello que está interesado por ver y sus intereses se hallan condicionados por su vida entera.

Los hechos históricos, de acuerdo con Carr, proceden en buena medida de testimonios personales, por lo que han sufrido otra refracción más al pasar a través de la subjetividad del testigo o transmisor original. En palabras suyas, *los hechos de la historia nunca nos llegan a nosotros en estado 'puro', puesto que ni existen ni pueden existir en una forma pura: siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien los recoge*. De ahí procedía la definición de historia de Carr tantas veces repetida: *un proceso continuo de interacción entre el historiador y los hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado*<sup>10</sup>.

9 «That Noble Dream», publicado en 1935, reproducido en Fritz STERN (ed.): *The Varieties of History*, de donde traduzco la cita (p. 328). Beard fue, junto con James Harvey Robinson (1863-1936) y Frederick Jackson Turner (1861-1932), uno de los primeros historiadores en rechazar en Norteamérica las premisas de la historia tradicional y en plantear la relación de la historia con las ciencias sociales, lo que se llamó *New History*, tras el manifiesto de Turner aparecido en 1912. Sobre esos historiadores escribió ya hace años Richard John HOFSTADTER (1916-1970), un historiador conservador muy influyente en la historiografía estadounidense: *The Progressive Historians*, Nueva York, 1968.

10 Edward H. CARR: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1979 (primera edición en castellano en 1966), pp. 30 y 40. Sobre el peso del empirismo y las dificultades que encontró la historia social para abrirse paso en Gran Bretaña, pese a la tradición de historia popular y socialista, traté en *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 81-95. Mi visión de entonces debía mucho a Gareth STEDMAN JONES: «History: The Poverty of Empiricism», en Robin BLACKBURN (ed.): *Ideology in Social Science. Readings in Critical Social Theory*, Glasgow, Fontana / Collins, 1972, pp. 96-115.



Con Julián Casanova, Villarluego...

La obra de Carr, y la respuesta de Geoffrey Elton en *The Practice of History*, representaban muy bien esas posiciones que estamos valorando en este capítulo acerca de la objetividad y los hechos históricos. *Mientras Carr abanderaba una aproximación sociológica al pasado, Elton declaraba que cualquier trabajo histórico serio debería tener una espina dorsal narrativa de acontecimientos políticos*<sup>11</sup>. Era un debate entre la herencia del positivismo decimonónico y el relativismo que dudaba de la aplicación de la noción de *objetividad* a la historia. Era un debate también entre la historia política tradicional y la emergente historia social.

La importancia de la subjetividad individual en la escritura de la historia ganó terreno en los años noventa del siglo XX bajo la influencia del posmodernismo. Desde esa perspectiva, la clásica y ortodoxa preocupación del historiador sobre los hechos del pasado resulta innecesaria, porque no hay realidad independiente fuera del lenguaje.

Pero ¿qué es el posmodernismo? No se sabe muy bien, pese a los miles de páginas que pueden leerse sobre el asunto. Peter Novick nos dice que se cogió el término *posmoderno* para describir los múltiples y convergente asaltos sobre las nociones recibidas de *objetividad* que recorrieron el mundo académico en los últimos años del siglo XX. A la designación *posmoderno* le ocurriría igual que a otros términos que habían incorporado el prefijo *pos-*, como *posindustrial* o *posestructuralista*: que intentaba reflejar el caos, la confusión y la crisis que parecían susti-

11 Richard EVANS: *In Defence of History...*, *op. cit.*, p. 2.

tuir a las normas convencionales asumidas, pero nadie en realidad *tiene una clara percepción de lo que hay en marcha*<sup>12</sup>.

Patrick Joyce lo define como una crítica de los

*cuatro pecados de la teoría (social) modernista: reduccionismo (concebir un todo complejo desde el punto de vista de sus partes más básicas); funcionalismo (ver los elementos o partes como la expresión de un todo más complejo); esencialismo (asumir que las cosas o las estructuras tienen un conjunto de características que son básicas o 'funcionales'); y universalismo (presumir que las teorías son incondicionales o 'transhistóricas', opuestas a los 'conocimientos locales', favorecidos por el postmodernismo)*<sup>13</sup>.

Los términos *posmoderno*, *posestructural* y *deconstrucción* han sido utilizados como sinónimos por muchos autores. Cuando los historiadores empezaron a discutir en los años setenta las formas de escribir historia sugeridas por los trabajos de autores como Jacques Derrida, Michel Foucault o Jacques Lacan, se hablaba de posestructuralismo. Treinta años después resulta más común referirse a todo eso como posmodernismo. Según Jane Caplan, utilizamos posmoderno como una *descripción histórica... de una época*; posestructural como *un grupo de teorías y prácticas intelectuales que derivan de un compromiso con su predecesor, el estructuralismo*; y deconstrucción como *un método de lectura*<sup>14</sup>.

Me ceñiré en estas páginas al posmodernismo y a las repercusiones que ha tenido para nuestra profesión de historiadores. Examinaré, en primer lugar, los principales puntos del desafío posmodernista. Abordaré a continuación lo que puede haber de beneficioso o inaceptable para el historiador en ese desafío. Y acabaré con una defensa de la historia tal y como la han concebido en las últimas décadas varias generaciones de historiadores que han desarrollado sus investigaciones en el amplio territorio de la historia social.

El primer y fundamental punto de la crítica posmodernista dirige sus dardos al debate sobre la objetividad y los hechos históricos. *La idea básica de la teoría posmoderna de la historiografía*, señala Georg G. Iggers, *es la negación de que la escritura histórica se refiere a un pasado histórico real*. No existe la posibilidad de una explicación científica *coherente* del pasado y, vistas así las cosas, la historiografía no difiere de la ficción sino que es una forma más de esta. Eso es lo que ha tratado de demostrar en varias ocasiones Hayden White, que la verdad no es un criterio para valorar la narración histórica:

*en general ha habido renuencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son —ficciones verbales, cuyos contenidos tienen más en común con sus partes correspondientes en la literatura que en las de las ciencias sociales*<sup>15</sup>.

12 Peter NOVICK: *That Noble Dream...*, *op. cit.*, pp. 523-524.

13 «The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain», *Past and Present*, 158 (1998), p. 212.

14 Jane CAPLAN: «Postmodernism, Poststructuralism, and Deconstruction: Notes for Historians», *Central European History*, 22 (1989), pp. 262-268. Citado en Anna GREEN y Kathleen TROUP: *The houses of history...*, *op. cit.*, p. 297. Introdujo el tema en castellano Antonio MORALES MOYA: «Historia y posmodernidad», en Antonio MORALES (ed.): «La historia en el 91», *Ayer*, 6 (1992), pp. 15-38.

15 Hayden WHITE: «The Historical Text as Literary Artefact», en Robert CANARY y Henry KOCICKI (eds.): *The Writing of History: Literary Form and Historical Understanding*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1978, p. 42. WHITE profundiza en ese tema en su análisis de los escritos de cuatro historiadores europeos (Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt): *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Maryland, The Johns Hopkins University Press, 1973 (traducción al castellano en México, Fondo de Cultura Económica, 1992). WHITE dejó también sentados sus argumentos sobre la *cuestión de la narración* en la teoría

La firme y tradicional línea de separación entre la narración histórica, basada en los hechos, y la narración novelada, que utilizaba la imaginación histórica, se esfumaba. Los historiadores debían asumir de una vez por todas que su representación del pasado no tiene más derecho a reivindicar la verdad que la de los novelistas o poetas. La narración del historiador es un *artefacto literario*, producido de acuerdo con las reglas del género y del estilo. La forma y el contenido ya no pueden separarse en la escritura de la historia. El historiador es siempre prisionero del lenguaje, del mundo en el que piensa.

En opinión de Iggers, Hayden White y los posmodernistas van en ese punto mucho más allá de una tradición de pensamiento histórico que siempre reconoció los aspectos literarios de la explicación histórica y el papel de la imaginación a la hora de construirlos, pero que, sin embargo, mantenía la fe en que la historiografía ofreciera explicaciones sobre un pasado real en el que actuaban seres humanos reales. Hay una notable diferencia, por lo tanto,

*entre una teoría que niega cualquier derecho a la realidad en las explicaciones históricas y una historiografía que es plenamente consciente de la complejidad del conocimiento histórico, pero todavía asume que la gente real tuvo sentimientos y pensamientos reales que les condujeron a acciones reales que, dentro de unos determinados límites, pueden conocerse y reconstruirse*<sup>16</sup>.

Al borrar la línea de demarcación entre historia y ficción, entre historia e historiografía, y entre teoría histórica y narración histórica, los posmodernistas abandonan también la distinción entre fuentes primarias y secundarias, uno de los legados básicos de la historiografía alemana del siglo XIX. Por un lado, estarían los documentos y las declaraciones de los testigos del tiempo pasado que el historiador estudia; por otro, los relatos de historiadores y cronistas sobre los hechos de los que ellos no fueron testigos, estudiados a través de esas fuentes originales.

Las implicaciones que tiene para la historiografía disolver o borrar esa distinción son importantes. De acuerdo con la visión de los posmodernistas, el significado de un texto cambia cada vez que se lee y todos los significados son en principio igualmente válidos. Es el historiador el que pone el significado en su estudio del pasado y, por lo tanto, no hay una relación consistente entre el texto de la historia y el texto del historiador. Para Patrick Joyce, por ejemplo, un autor que empezó sus investigaciones en la historia social, si *los acontecimientos, las estructuras y procesos del pasado no se distinguen de las formas de la representación documental [...] y del discurso de los historiadores*, entonces la idea de lo social como algo separado del discurso desaparece y, con ello, también la historia social. Según Keith Jenkins, la distinción entre primario y secundario *prioriza la fuente original, idolatra los documentos y distorsiona todo el proceso de hacer historia*. Cuando estudiamos la historia, *no estamos estudiando el pasado, sino lo que los historiadores han construido acerca del pasado*. La historia, sentencia Jenkins, es *lo que los historiadores hacen*<sup>17</sup>.

histórica contemporánea en *The Content of the Form. Narrative, Discourse, and Historical Representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1987. El entrecomillado de Georg G. IGGERS procede de su *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Hanover, Wesleyan University Press, 1997, p. 118.

16 Ibidem, p. 119.

17 Keith JENKINS: *Re-thinking History*, Londres, Routledge, 1991, pp. 26 y 47-50. Como otros posmodernistas, Jenkins deja constancia en ese apartado dedicado a las fuentes secundarias de su deuda con el teórico lingüista francés Roland Barthes y sus escritos sobre *el discurso de la historia*. El entrecomillado de Patrick JOYCE procede de «History and Post-Modernism», *Past and Present*, 133 (1991), p. 208. Esa prestigiosa revista de historia publicó un intercambio de opiniones sobre el tema entre Lawrence Stone, quien avisaba en el primer artículo sobre los peligros del posmodernismo, Joyce, Gabrielle Spiegel y Catriona Kelly (en los números 132, 133 y 135,

No hay duda de que el posmodernismo, en muchas ocasiones con el disfraz de historia intelectual y cultural, introdujo más diversidad y fragmentación al estudio de la historia en los años noventa del siglo XX, un territorio ya bastante diverso y fragmentado en ese momento. Sus efectos sobre lo que investigan y escriben los historiadores han sido importantes, especialmente en aquellas historiografías como la británica, la francesa y la norteamericana donde han logrado crear sus propios aparatos de difusión y sus asociaciones. Ha estimulado al historiador a pensar los textos y la narración de otra forma, a interrogarse sobre sus métodos. Ha replanteado el debate sobre la objetividad, la verdad y la narración, proponiendo formas más literarias de escribir la historia<sup>18</sup>.

Es pronto para saber si el posmodernismo va a cambiar la forma de pensar y escribir la historia, como la cambiaron, por ejemplo, el historicismo en el siglo XIX y la historia social en el siglo XX. Por supuesto, hay quienes ya han visto en el posmodernismo una amenaza muy grande para la profesión, para la historia científica anticipada tanto por el historicismo como por la historia social, y se han apresurado a contestar a ese desafío con escritos en defensa de la posibilidad de un conocimiento científico del pasado. El posmodernismo ha conseguido sembrar pesimismo y dudas entre bastantes historiadores. El posmodernismo, advirtió Lawrence Stone en el artículo que abrió el debate en la revista *Past and Present*, ha arrojado a la profesión histórica a una crisis de confianza acerca de lo que está haciendo y cómo lo está haciendo. Si no hay nada fuera del texto, señalaba el historiador británico afincado en Princeton, entonces la historia tal y como la hemos conocido se derrumba completamente, y los hechos y la ficción se convierten en indistinguibles uno del otro<sup>19</sup>.

Resulta significativo que Lawrence Stone, el historiador que estimuló en 1979 un importante debate con el mil veces citado «The Revival of Narrative», pusiera en defensa a la historia frente a nuevos invasores que habían llevado demasiado lejos la relación entre la historia y la literatura. Lo de Stone sobre el posmodernismo era una breve nota, con una réplica posterior, pero hay otros autores que se han tomado más en serio y en profundidad esa defensa de la historia frente al posmodernismo. Como las historiadoras norteamericanas Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, que refutan en su libro *Telling the Truth About History* los argumentos del posmodernismo y replican a quienes están minando las bases científicas y culturales de la historia. De mentiras y verdades se habló mucho tras el descubrimiento en 1987 de que Paul de Man, una de las cabezas visibles del posmodernismo, profesor de la prestigiosa Universidad de Yale, había escrito 180 artículos para un periódico nazi de Bruselas durante la ocupación alemana de 1940 a 1942. Ese hombre belga que había escrito artículos terribles contra los judíos, había emigrado a los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial y había reescrito, como otros intelectuales y políticos, su propia historia, ocultando el tenebroso pasado, los hechos empíricos. La historia y la ficción se daban aquí, verdaderamente, la mano y hacían tambalear algunos aspectos de la propia teoría posmodernista<sup>20</sup>.

de 1991 y 1992). Ese debate y varios más están bien recogidos en la obra de Richard EVANS: *In Defence of History*, especialmente en los capítulos 3, 4 y 8. Puede verse también, como defensa de la historia, Neville KIRK: «History, Language, Ideas, and Post-Modernism: A Materialist View», *Social History*, 19, 2(1994), pp. 221-240. Algunos de esos principales debates sobre posmodernismo han sido traducidos en «Ficción, verdad, historia», *Historia Social*, 50 (2004).

18 Un esbozo del legado más constructivo del posmodernismo puede verse en la obra ya citada de Richard Evans (p. 248), pese a que todo el libro es un serio aviso a los excesos del hiperrelativismo posmodernista.

19 Lawrence STONE: «History and Post-Modernism», art. cit., pp. 217-218.

20 El descubrimiento y el debate es seguido por Richard EVANS: *In Defence of History...*, op. cit., pp. 233-243, quien también plantea las repercusiones, sobre todo en Estados Unidos, de la literatura ultraderechista sobre la negación del holocausto, una posición que puede derivar perfectamente del relativismo extremo de algunas propuestas posmodernistas. El debate sobre el descubrimiento está recogido en David LEHMAN: *Signs of the Times. Deconstruction and the Fall of Paul de Man*, Londres, 1991, y, con más enseñanzas para los historiadores, Alan B. SPITZER: *Historical Truth and Lies about the Past*, Chapel Hill, University of North Carolina, 1996.



Reunión de Departamento: entre Gema Martínez y Julián Casanova, mediados de los años noventa.

El posmodernismo está ahí, pero parece dudoso que, como declaró triunfalmente Frank Ankersmith, uno de sus principales teóricos, el *otoño* haya llegado a la historiografía occidental<sup>21</sup>. Durante las décadas centrales del siglo XX, la relación entre historia y ciencias sociales, reclamada por bastantes historiadores, economistas, sociólogos y antropólogos, también estuvo repleta de tópicos, malentendidos, acuerdos y desavenencias. En ese encuentro entre la historia y las ciencias sociales, hubo desde historiadores profundamente alérgicos a la sociología, hasta los sociólogos que huían del análisis histórico, pasando por los que veían esa conexión necesaria y fructífera, e incluso acérrimos partidarios de su fusión en una *ciencia social unificada*. La historiografía, en términos generales, ha salido beneficiada, en varios momentos muy diferentes de la historia, del diálogo con disciplinas más o menos cercanas. Si ese diálogo resulta ser *de sordos* o se percibe como una invasión del territorio del historiador por gente ajena a la disciplina, depende mucho de los términos —empíricos, metodológicos y teóricos— en que se establezca la relación.

Si la relación con las poderosas ciencias sociales nunca puso en peligro el vasto territorio del historiador, y hubo miles de historiadores a quienes los vientos sociológicos les soplaron de refilón, tampoco hay por qué negarse a las influencias de la crítica literaria o de los análisis lingüísticos. Ni la historiografía es un campo homogéneo exento de conflictos o ideas contradictorias entre sus miembros, ni el posmodernismo resulta un movimiento organizado y coherente capaz de arrasar de golpe las pocas, aunque suficientes, certezas que nos han dejado los debates y las idas y vueltas de la historiografía desde Ranke a la actualidad. Lo que sigue es una de-

21 Frank R. ANKERSMITH: «Historiography and Postmodernism», *History and Theory*, vol. 28 (1989), p. 149.

fensa de la historia con la que me identifico y de la que he ido aprendiendo en estas dos últimas décadas de enseñanza y escritura de la historia.

Parece evidente, en primer lugar, que muchos de los libros de historia están concebidos como obras de referencias para otros especialistas y no para que los lea un público más amplio. Que eso sea así es inevitable en algunos casos, pero no hay ninguna razón que impida un mayor cuidado formal y literario a la hora de transmitir los conocimientos.

En los últimos años hemos aprendido y experimentado que la presencia del modelo de escritura de las ciencias sociales, con sus lenguajes técnicos y frases rebuscadísimas e interminables, nada bueno aportaba a la difusión de la historia. Tampoco han ayudado a ese objetivo legítimo de saber transmitir las investigaciones históricas las enseñanzas impartidas en muchas Universidades, basadas en los *apuntes*, nunca en las lecturas, y en los exámenes en los que se pide repetir los conocimientos transmitidos por el profesor. La exigencia de hacer un currículo muy deprisa, única forma en la mayoría de los casos de conseguir un trabajo, nunca puede ser, además, buena compañera del sosiego y la reflexión, dos ingredientes básicos para controlar los temas sobre los que se escribe.

El *retorno* de la historia a formas más literarias estaba planteado bastante antes de que el posmodernismo entrara en ese debate y, por otra parte, durante los años dorados de la historia social, hubo muchos historiadores que nunca dejaron de aunar la reflexión y el rigor empírico con la belleza literaria. La *haute vulgarisation*, como llamó Hobsbawm a esa forma de escribir que combina rigor académico con atractivo para un lector más amplio, es una destreza que todo historiador debería esforzarse por adquirir.

Pero no toda la historia se mueve en el plazo corto, los acontecimientos singulares o la biografía, y hay que reconocer que la buena narración encuentra más dificultades en aquellas historias, como la de los grandes cambios económicos o los análisis macroestructurales de la sociología histórica, donde no hay protagonistas bien identificados y donde muchos acontecimientos se dan por sentados<sup>22</sup>. Nada tienen que ver desde el punto de vista de la belleza literaria *La conquista pacífica*, de Sydney Pollard, *Los Estados y las revoluciones sociales*, de Theda Skocpol, y *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg. ¿Habría que dejar de analizar, en ese caso, la Revolución industrial en Europa durante dos siglos o las causas y consecuencias de las revoluciones sociales en el mundo contemporáneo?

La relevancia de algunos acontecimientos y su relación con otros requiere en ocasiones análisis y es muy probable que, pese a todos los retornos a la narración, a las llamadas del mercado o a los consejos posmodernistas, haya historias que nunca dejen de ser analíticas. El tema no es nada nuevo porque, al fin y al cabo, como han mostrado varios autores, la relación entre historia y narración, belleza y verdad, ha sido un tema recurrente en la historia de la historia. En palabras de Peter Gay, un influyente historiador cultural: *Podemos interpretar la historia de la historia de varias formas, pero una provechosa es verla como un debate inconcluso entre los partidarios de la belleza con verdad y los defensores de la verdad sin belleza*<sup>23</sup>.

La belleza y la verdad no tendrían que ser, por lo tanto, incompatibles, como tampoco la ciencia debe ser necesariamente aburrida y el arte inexacto. La escritura de la historia necesita también

22 Hay una discusión de este tema, centrada en la historia británica, en John TOSH: *The Pursuit of History. Aims, Methods & New Directions in the Study of Modern History*, Londres, Longman, 1984, pp. 110-129.

23 Peter GAY: *Style in History*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1974, citado aquí de la edición en libro de bolsillo de 1988, p. 188, una guía para la lectura de Gibbon, Ranke, Macaulay y Burckhardt. De la historia de la tensión entre la generalización que implica una hipótesis o un modelo (la teoría) y la individualidad irreplicable que plasma una narración ha tratado con acierto Juan José CARRERAS: «Teoría y narración en la historia», en Pedro

imaginación, lo cual evidentemente no significa inventar, sino reconocer que la reconstrucción del pasado presupone un ejercicio de imaginación porque el pasado nunca está completamente comprendido en los documentos y pruebas que nos llegan a los historiadores. Una y otra vez los historiadores encontramos vacíos en los archivos que solo pueden llenarse a través de esa imaginación, que puede alimentar la teoría, la literatura, la experiencia o el contacto con otras disciplinas.

Hay muchas formas de hacer historia y pocos historiadores, en verdad, exhiben un dominio del idioma en el que publican sus trabajos. La historia, dice John Tosh, *es una disciplina 'híbrida', que combina los procedimientos analíticos y técnicos de una ciencia con las cualidades imaginativas y estilísticas de un arte*. Pero el problema es encontrar a la persona, al historiador, que sepa combinarlos. Y así, la tensión permanece. Por eso, resume Juan José Carreras, la exigencia de teoría en historia suele ir acompañada de cierta desconfianza en el valor de la narración y quienes piden narración se muestran escépticos ante la dimensión teórica de la historia. Dadas las dificultades quizá, en última instancia, como señala Richard Evans, *sea mejor para los historiadores agarrarse a un estilo simple, a no ser que estén muy seguros de lo que están haciendo, y cerciorarse de que el artificio literario [...] se usa conscientemente al servicio de la clarificación en vez de la confusión*<sup>24</sup>.

Los historiadores examinamos un pasado *real* y no uno imaginado. Primero la historia social y más tarde el posmodernismo han ofrecido importantes correctivos al pensamiento y a la práctica históricos, especialmente en todo lo que se refiere a la relación entre historia, objetividad y verdad, pero esas críticas no han destruido el compromiso del historiador a captar, por medio de enfoques y métodos de indagación apropiados, un pasado parcialmente verdadero. Lo que hacemos los historiadores conlleva una opción estética o literaria, que ayuda a organizar la narración, pero la historia es algo más que una rama de las letras que debería ser solo juzgada desde el punto de vista de sus méritos literarios. De acuerdo con Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, nuestras opciones y decisiones son políticas, sociales y epistemológicas. Reflejan diversas creencias en lo que los historiadores hacemos, en lo que puede conocerse y cómo puede conocerse. Los relatos sobre el pasado siempre estarán cambiando, pero los historiadores tenemos que intentar contar las historias de la forma más completa y real que sea posible. Algún tipo de verdad sobre el pasado es posible, aunque nunca sea la verdad absoluta, y por eso merece la pena luchar por descubrirla<sup>25</sup>.

Todas las preguntas importantes que los historiadores nos hacemos pueden ser continuamente formuladas y replanteadas a través de una completa y detallada confrontación con el proceso histórico. Como ya escribía en *La historia social y los historiadores*, entiendo por teoría un sistema explícito y coherente de conceptos utilizado para organizar y explicar los datos históricos, que, sin embargo, no puede derivar solo del estudio de las fuentes materiales ni tampoco provenir de un proceso de razonamiento puramente deductivo sin relación alguna con el trabajo empírico. Las teorías son, por lo tanto, ingredientes fundamentales en la investigación histórica que ofrecen simplificaciones de los procesos y relaciones sociales que, dependiendo de su campo de aplicación, ayudan al historiador a examinar y comprender casos particulares o construir amplias síntesis históricas.

RUIZ TORRES (ed.): «La historiografía», *Ayer*, 12 (1993), pp. 15-27. Sobre los diferentes planos en que se ha movido la narración y la explicación en la historia resulta muy ilustrativo Alan MEGILL: «Recounting the Past: "Description". Explanation and Narrative in Historiography», *The American Historical Review*, 94, 3 (1989), pp. 617-657 (traducción al castellano en *Historia Social*, 16 [1993]).

24 Richard J. EVANS: *In Defence of History...*, *op. cit.*, p. 69; Juan José CARRERAS: «Teoría y narración en la historia», *art. cit.*, p. 26; y John TOSH: *The Pursuit of History...*, *op. cit.*, p. 129.

25 Joyce APPLEBY, Lynn HUNT y Margaret JACOB: *Telling the Truth about History...*, *op. cit.*, p. 229.

En las últimas décadas del siglo XX los historiadores ampliaron muy notablemente sus objetos de estudio, sus métodos y sus maneras de abordar el pasado. Casi todo se convirtió en objeto de estudio y fueron muchos los que percibieron, bajo diversas denominaciones, que la historia ya no constituía un cuerpo coherente de conocimiento. Ese pluralismo y fragmentación, *el colapso de la comunidad* lo llamó Peter Novick, fue aprovechado por unos para reafirmar a la historiografía como una ciencia neutral y objetiva y por otros, por el contrario, para propagar y ampliar su falta de confianza en la posibilidad del conocimiento histórico. Unos y otros, nostálgicos de la vieja historia tradicional y posmodernistas, dieron por enterrada la historia social, la causante, por diferentes razones, de todos los males que afligían al estudio de la historia<sup>26</sup>.

La historia social no está muerta, aunque no es, como pensaron algunos en los años sesenta del siglo XX, en su edad de oro, la única llave para comprender el pasado. La historia social rescató a todos aquellos individuos y grupos sin historia, que nada contaban para el historiador tradicional. Sacó a la luz las estructuras de desigualdad social y abrió todos los caminos que después transitaron la microhistoria, las historias de la vida cotidiana o las diferentes reivindicaciones culturales de la vuelta del sujeto.

La historia es una disciplina que debe parte de su fascinación y complejidad al hecho de nadar entre muchas aguas, las de las humanidades y las de las ciencias sociales. El hecho de que ya no haya rey en Israel, por utilizar la frase de Peter Novick para designar la quiebra de paradigmas y absolutismos, puede ser una buena oportunidad para establecer una república de aprendizaje y análisis de la historia. Una república de múltiples puntos de vista en la que, sin embargo, no todo vale. Habrá que seguir buscando, como algunos lo venimos haciendo desde hace ya tiempo, un término medio entre el hiperrelativismo posmodernista y el tradicional historicismo empírico. Un camino que pasar por redefinir la relación entre el historiador y la verdad, reconocer los límites de la objetividad y no confundir a esta con la neutralidad. La verdad, siempre parcial, acerca de los hechos históricos se descubre y no hay por qué inventarla o fabricarla como nos han dicho muchos posmodernistas<sup>27</sup>.

26 De esa fragmentación y de los caminos que se abrían para los historiadores traté en «El futur de la història: balanç i perspectives», en Àngel SAN MARTÍN (ed.): *Fi de Segle*, Ajuntament de Gandia, Universitat de Valencia, 1994, pp. 129-139 (traducción al castellano en Javier Guerrero (comp.), *Colombia y América Latina después del fin de la historia*, Tunja, Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1997.

27 Las circunstancias en que se encuentra la historiografía sin rey en Peter NOVICK: *That Noble Dream...*, *op. cit.*, p. 628. Lo de sustituir ese estado sin autoridad por una república me lo sugiere la apuesta de futuro que hacen Joyce APPLEBY, Lynn HUNT y Margaret JACOB en *Telling the Truth About History...*, *op. cit.*, pp. 271-272. También la defensa de la historia de Richard EVANS: *In Defence of History...*, *op. cit.*, pp. 252-253.